

## EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (Domingo de la Trinidad)

Parochial and Plain Sermons Vol 6, 24

Predicado en St. Mary de Oxford en fecha no conocida (por supuesto antes de 1843)

### COMENTARIO

Continuando con la traducción de los sermones de Newman, predicados en la iglesia de la Universidad de Oxford como Vicario, leemos otro sobre la Trinidad, habiendo publicado ya uno en el número anterior. También este fue predicado el Domingo de Trinidad, y nos ayuda a adentrarnos como dice su título en el “misterio” mismo de Dios, Uno y Trino, revelado por Jesucristo y profesado por la Iglesia.

### SERMÓN

*Id e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28.19)*

Las palabras de este texto muestran ciertamente, de manera muy satisfactoria e indisputable, que en cierto sentido real el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son a quienes debemos servir y adorar, de quienes viene el Evangelio de la gracia y en quienes se centra la profesión de cristianismo. Cuando Cristo partió, les dió un encargo a Sus Apóstoles y les dijo qué enseñar y predicar, y primero de todo que tenían que llevar a sus conversos a profesar la fe en El, llevarlos a Su Iglesia, y hacerlo a través de un rito solemne, que, como ya le había dicho a Nicodemo antes, iba a otorgar una elevada gracia espiritual.

Esta solemne y sobrenatural ordenación de discipulado debía ser administrada ¿en nombre de quién?. ¿Podemos dudarlo? En nombre de Aquel de quien los conversos llegaban a ser discípulos, de ese Dios a quien, desde ese día en adelante, confesarían y adorarían, a quien prometerían obedecer, en cuya palabra confiarían, por cuya generosidad serían recompensados. Sin embargo cuando Cristo nombró a Dios dijo “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Yo considero que frente a sus mismas palabras sagradas existe una dificultad, *hasta que* la doctrina de la Santísima Trinidad se nos da a conocer. ¿Qué significa decir, en el nombre, no de Dios, sino de los Tres? Es una inesperada manera de hablar.

Aún cuando sólo hubiese dicho “del Padre y del Hijo” habría seguro una dificultad en los términos de Su mandato. Podríamos ciertamente suponer que El quiere así designar al Señor Supremo de todo, y al instrumento y mediador de Sus misericordias en la dispensación que comenzaba (como leemos de los israelitas “creyendo en Dios y en Su siervo Moisés”, y “dando culto al Señor y al rey” David). Pero aún así seguramente ha sido extraño e inexplicable que Cristo dijera “el Padre y el Hijo”, y no “Dios y el Hijo”, o “Dios y Cristo”, o algo semejante. Por el contrario el nombre de Dios no aparece, y las dos palabras usadas en su lugar son lo que se llama *correlativas*, implicando una a la otra, pareciendo venir la una de la otra. No se hace mención de una Fuente de misericordias, de un canal, hacia el hombre como

recipiente, sino que es como la afirmación de una doctrina sagrada que tiene significado en sí misma, independientemente del hombre o de cualquier economía de misericordia hacia él.

Y la fuerza de esta observación crece cuando nuestro Señor hace mención añadiendo al Espíritu Santo, que confirma más aún esta impresión de que los Tres Nombres Sagrados tienen un significado relativo entre sí, y no a cualquier dispensación temporal. Si el texto dijera “en el nombre de Dios, Jesucristo, y el Consolador”, yo no diría que hubiera solucionado la dificultad, o que fuera satisfactorio interpretarlo como del Autor de la gracia y Sus instrumentos, sino que existe una mayor dificultad, o mejor, una dificultad insuperable en tal interpretación del texto, si Cristo lo hubiera dicho realmente.

Un converso pediría naturalmente del Apóstol como un beneficio sobre cualquier otro, saber *a quien* tenía que dar culto, *de quien* se hacía servidor, *quien* iba a ser su Dios, ahora que había abandonado los ídolos. Por ejemplo, Moisés dijo “Cuando llegue a los hijos de Israel y les diga ‘el Dios de vuestros padres me ha enviado, y ellos me pregunten ‘¿Cuál es su nombre?’ ¿que les diré?”, y Dios Todopoderoso reconoció que el pedido era correcto y lo concedió; y Jacob dijo, “Dime, te lo suplico, Tu *nombre*”; y Manoaj dijo, “¿Cuál es Tu *nombre*?”; y de acuerdo a estos ejemplos, San Pablo les dijo a los atenienses “A ese a quien *adoráis sin conocer, yo os predico*”. Con estas consideraciones ante nosotros, deberíamos haber esperado en la forma bautismal un anuncio claro y simple del Dios de los cristianos, tal como “En el nombre del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”, es decir, *a menos* que la doctrina católica de la Santísima Trinidad sea verdad. Si, como la Iglesia lo ha enseñado, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son el Único Dios a cuyo servicio son enrolados los cristianos, hay una buena razón para que deban ser nombrados sobre el converso en su iniciación. En ese caso no hay dificultad: la forma sagrada de las palabras responde precisamente a la pregunta del fiel, “¿Cuál es Tu nombre?”, a la promesa del Apóstol “Ese os predico yo”. Pero en la suposición que mantienen los impugnadores de la doctrina, de que por “Hijo” se entiende un hombre, y que el Espíritu Santo no es Dios ni una persona inteligente, ciertamente el primer acto de la enseñanza evangélica está cubierto por una oscuridad grande, inesperada y, debo decir humanamente hablando, innecesaria.

Tampoco se debe objetar a los creyentes católicos que no hay mayor oscuridad que la de un misterio, y que la verdad sagrada que profesan es una perplejidad más grande para los conversos que cualquier otra que pueda brotar de consideraciones como las que he venido haciendo. Porque el punto en que he insistido es la improbabilidad de que nuestro Señor haya introducido una oscuridad de *meras palabras*, sin nada existente de hecho, lo cual es precisamente la interpretación herética, y de que El haya preferido hablar tan oscuramente cuando podría haber hablado simple e inteligiblemente, mientras que, si hay un misterio eterno en la Divinidad, tal como afirmamos, por la naturaleza del asunto tiene que haber dificultad en las palabras en que El lo revela. Cristo, en ese caso, no hace un misterio para la ocasión, usa la más llana y exacta forma de hablar que admite el lenguaje humano. Y esto es digno de ser notado, pues se extiende a los detalles de esta gran doctrina católica, que me propongo resumir ahora.

Quiero decir que en la medida que se dice ociosa y profanamente que el Credo de San Atanasio\* es ininteligible, en realidad la verdadera objeción que los incrédulos sienten, si hablaran correctamente, es que es demasiado sencillo. No puede haber frases más simples, ni aserciones más precisas que aquellas que lo componen. La dificultad no está en alguna de ellas, sino en su combinación. Y aquí yace una diferencia notable entre la doctrina de la Santísima Trinidad y algunas afirmaciones dogmáticas modernas sobre otros puntos, algunas

verdaderas, algunas no, que a veces han sido puestas como necesarias para la salvación. Por ejemplo, ha habido mucha controversia en los últimos siglos sobre la doctrina de la justificación y sobre la fe; pero de aquí brotan interminables perplejidades y disputas sin esperanza, como todos sabemos, acerca de qué se entiende por “fe”, y qué por “justificación”, mientras que la mayor parte de las *palabras* usadas en el Credo al que me refiero son sólo palabras comunes usadas en su sentido común, tales como “Señor” y “Dios”, “eterno” y “todopoderoso”, “uno” y “tres”, ni son las afirmaciones difíciles. No hay dificultad, excepto la que existe en la naturaleza de las cosas, en el Misterio adorable del que hablan, que ninguna fraseología puede suprimir o explicar.

Y ahora propongo establecer la doctrina, tanto como se puede en pocas palabras, según nos está revelada en el texto de la Escritura. Si el hacerlo me lleva a mencionar uno o dos puntos de detalle, no debe suponerse que tales afirmaciones adicionales son intentos de *explicar*, como algunas personas extrañamente confunden. Por el contrario, dejan el gran misterio tal como estaba antes, y son sólo útiles para imprimir en nuestras mentes *qué* es lo que la Iglesia Católica quiere afirmar, y hacer de ello materia de fe y aprehensión real, y no mera reunión de palabras.

Primero de todo, casi no necesito decir, considerando cuán frecuentemente se nos dice en la Escritura, que Dios es Uno. Dice Moisés: “Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor” (Dt 6,4). Dice San Pablo: “Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre” (1 Co 8,6), “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos” (Ef 4, 5-6), “hay un solo Dios, ya también un solo mediador entre Dios y los hombres” (1 Tim 2,5). Ahora bien, podría preguntarse ¿en qué sentido “uno”?, puesto que hablamos de cosas que son una y que realmente son muchas. Así como habla la Escritura de todos los cristianos que forman *un* solo cuerpo, de Dios hecho *uno* con los pecadores, de Dios y el hombre que son *uno* en Cristo, y de *un* bautismo aunque se administra a multitudes.

Respondo que Dios es uno en el más simple y estricto sentido, como muestra toda la Escritura. Esto es verdad, cualquiera sea lo demás, no en un sentido nominal o secundario, sino uno como ser individual, tan verdaderamente uno como cualquier alma o espíritu individual es uno, pero infinitamente más verdadero porque todas las creaturas son imperfectas y El posee toda perfección. En El no hay partes ni pasiones, nada incoado o incompleto, nada por comunicación, nada por cualidad, nada que admita crecimiento, nada común a otros. Está separado de todas las cosas, entero, perfecto, simple, y semejante a Sí mismo y a nadie más, y uno, no de nombre, o como número, o por acomodación, o por abstracción, sino uno en Sí mismo, o, como dice el Credo, uno en substancia o esencia. Todo lo que El es, es Sí mismo y nada menos que Sí mismo. Sus atributos son El. Si tiene sabiduría, esto significa que El es la sabiduría. Si tiene amor, “Dios es amor”, como dice San Juan. Si tiene omnipresencia es porque Es omnipresente. Si tiene omnisciencia es porque es todo conocimiento. Si tiene poder es que es todopoderoso. Es santo, justo, verdadero y bueno, no al modo de cualidades de Su esencia, sino que la santidad, la justicia, la verdad y la bondad, son todas ellas El mismo, de acuerdo a como es contemplado por sus creaturas en varios aspectos y relaciones.

Nosotros, los seres humanos somos incapaces de concebirlo como El es. No podemos tener más que vislumbres, vistas accidentales o parciales, de su infinita Majestad, y las llamamos por diferentes nombres como si tuviera atributos y fuera de naturaleza compuesta. Así se digna en Su misericordia a hablarnos de Sí mismo, usando términos humanos, sensibles y materiales, como si pudiera estar enojado Aquel que no es tocado por el mal, o

podiera arrepentirse Aquel en quien no hay cambio, o tuviera ojos, o brazos, o aliento, el que es Espíritu. Por el contrario, El es al mismo tiempo y absolutamente toda perfección, y cualquier cosa que El es, es todo lo que El es, y es El mismo siempre y enteramente.

Así debemos comenzar nuestra enseñanza sobre la Santísima Trinidad. No debemos empezar diciendo que son Tres, y luego continuar diciendo que es Uno, a menos que demos nociones falsas de la naturaleza de ese Uno. Tenemos que comenzar por establecer la gran Verdad de que es Un Dios en un sentido simple y estricto, y luego continuar hablando de los Tres, que es el modo por el cual fue revelado progresivamente el misterio en la Escritura. En el Antiguo Testamento leemos acerca de la Unidad; en el Nuevo somos iluminados en el conocimiento de la Trinidad.

Obsérvese aquí, que tenemos una suerte de figura o insinuación del misterio sagrado de la Trinidad en la Unidad aún en lo que ha sido dicho respecto a los atributos divinos. Pues así como los atributos de Dios son muchos, por decirlo de una manera, aunque todo es Uno en Dios, así también hay Tres Personas Divinas aunque estas Tres son Uno. No se suponga ni por un momento que estoy haciendo *paralelos* los dos casos, que es la herejía sabeliana, sino usando uno para *ilustrar* el otro. Y a modo ilustración, observo lo siguiente: cuando hablamos de Dios como sabiduría o amor queremos decir que El es sabiduría y amor, que El es la una y el otro separadamente y enteramente, no que la sabiduría es lo mismo que el amor, sino que El es ambas cosas a la vez. Sabiduría y amor responden a ideas bien distintas entre sí, que no se confunden, aunque están unidas en El. En todo lo que El es y en todo lo que hace, El es sabiduría y amor, aunque tanto es verdad que es Uno, y sin cualidades, como verdad también que el amor no es la sabiduría. Así como Dios es sabiduría o amor, así es la sabiduría o el amor en y con Dios, y con todo lo que Dios es. ¿Es Dios eterno? Pues así es su sabiduría. ¿Es invariable?. Así es su sabiduría. ¿Es increado, infinito, todopoderoso, santísimo? Su sabiduría tiene también estas características. Desde que Dios no tiene partes o pasiones, todo lo que es realmente de Dios o desde Dios, es lo que El es.

Si aquí existe confusión de lenguaje y una aparente juego de palabras, esto surge de nuestra incapacidad de comprensión y expresión. Vemos que todas estas afirmaciones separadas deben ser verdad, y que si resultan en aparente contradicción no lo podemos evitar, y no necesitamos estar perplejos acerca de ellas ni vacilar en decir ninguna de ellas. La simple exactitud de expresión que podría armonizarlas está más allá de nosotros, pues el poder de contemplar al Eterno, como El es, está más allá de nuestras posibilidades. Nos debemos contentar con lo que podemos ver y hacer uso de ello para nuestra guía práctica, sin preocuparnos por la aparente contradicción de los términos involucrados en nuestra expresión.

Una segunda ilustración podría tomarse de la imagen material que la Escritura nos concede empleara. Leemos allí acerca del ojo de Dios y del brazo de Dios. Sabemos que el hombre tiene un ojo y un brazo como partes suyas y no como figuración, pero supongamos por un momento que su cuerpo fuera espiritual. ¿Cuál sería la consecuencia? Lo que realmente se seguiría de ello no lo podemos decir pues está más allá de nosotros, pero, como un espíritu no tiene partes, podríamos *concebir* que todos aquellos distintos órganos del cuerpo del hombre que existen ahora, no tuvieran más una disposición local en él ni brotaran de él por extensión, sino que fueran todos uno, aunque todos distintos. Un cuerpo espiritual podría ser todo ojo, todo oído, todo brazo, todo corazón, pero no como si todo fuera confusamente puesto, solo de nombre, ni como si por ello no hubiera vista, ni audición, ni funcionamiento, ni sentimiento, sino porque un espíritu no tiene partes extensas y es lo que es todo a la vez. Hago notar esto, porque nos muestra que las cosas pueden existir realmente en

un sujeto que estamos contemplando, aunque parezcan solo ideas o nociones creadas por nuestras mentes.

Así como no se supone que un cuerpo necesariamente pierda ojos y manos por llegar a ser espiritual, sino que sus órganos pueden existir en él tan verdaderamente como antes, pues es un cuerpo en un nuevo modo de ser, y porque es espiritual parecen ser meras abstracciones o cualidades irreales, así también podemos suponer que aunque Dios es espiritual y Uno, puede ser también una Trinidad. Pero no como si esa Trinidad fuera solo un nombre, o tres manifestaciones, o cualidades, o atributos, o relaciones, como meras ideas o concepciones que podemos hacer al contemplar a Dios, sino que, así como en aquel cuerpo que se hizo espiritual, ojo y mano no serían abstracciones después del cambio porque no lo eran antes del mismo, ni el ojo es sería necesariamente lo mismo que la mano aunque el cuerpo sea todo ojo y todo mano, así ( si se nos permite usar ilustraciones humanas en tan sagrado misterio) el Eterno Tres, no digo *del mismo modo*, pues no intento explicar *cómo* es el misterio, sino esclarecer *lo que* queremos decir con él, es adorado por la Iglesia Católica como distinto pero Uno, siendo el Dios Altísimo enteramente el Padre, enteramente el Hijo y enteramente el Espíritu Santo, Tres Personas distintas la una de la otra, no meramente de nombre, o por abstracción humana, sino realmente en verdad, tan verdaderamente como una fuente es distinta del arroyo que fluye de ella, o la semilla del árbol respecto de sus ramas.

Ahora bien, si alguien estuviera tentado de decir que este es un lenguaje oscuro y una especulación difícil para poner delante de gente cristiana, respondo que no es más oscuro y difícil que el sagrado misterio que es nuestro gran asunto ahora, que es de hecho la *exposición* del misterio sagrado tal como la Iglesia lo ha recibido, que no estoy empeñado en defender el Credo de San Atanasio sino en establecer su significado, y, queridos hermanos, que bien podéis una vez al año recordar que el cristianismo hace ejercitar toda el pensamiento del hombre, nuestra más elevada y sutil razón, tanto como nuestros sentimientos, afectos, imaginación y conciencia. Si encontramos que lo hace demasiado severamente, ya sea respecto a nuestra razón, o a nuestra imaginación, o a nuestros sentimientos, postrémonos en silenciosa adoración y sometámonle sucesivamente cada una de nuestras facultades, no protestando de su sublimidad o su alcance. Y ahora continúo.

Oímos mucho en el Antiguo Testamento de aquellos atributos de Dios de los cuales ya he hablado. Su omnipotencia: “Yo soy el Dios Todopoderoso; camina en mi presencia y sé perfecto” (Gen 17,1). Existencia por Sí: “Dijo Dios a Moisés: ‘Yo soy el que soy’. Y añadió: ‘Así dirás a los israelitas: Yo soy me ha enviado a vosotros’ (Ex 3,14). Santidad: “¿Quién como Tu, glorioso en santidad, terrible en prodigios, autor de maravillas?” (Ex 15,11). Su misericordia, justicia y fidelidad: “El Señor, el Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes” (Ex 34,6-7). Tremenda majestad: “Debes temer a ese nombre glorioso y temible, al Señor tu Dios” (Dt 28,58). Verdad: “Su verdad perdura de generación en generación” (Sal 100,4). Omnipresencia: “Si subo a los cielos allí estás Tu, si me acuesto en las tinieblas, allí te encuentras” (Sal 139,8). Omnisciencia: “En todo lugar, los ojos de Dios, están observando a los malos y a los buenos” (Prov 15,3). Conocimiento del corazón: “Tu sólo conoces los corazones de los hijos de los hombres” (2 Cron 6,30). Misteridad: “Cierto que Tu eres un Dios oculto, el Dios de Israel, el Salvador” (Is 45,15). Eternidad: “Así dice el Excelso y Sublime, el que mora por siempre y cuyo nombre es Santo” (Is 57,15).

Estos son algunos entre innumerables anuncios de los atributos divinos en el Antiguo Testamento., y aunque cada cosa concerniente al Ser Supremo es misteriosa, no sentimos comúnmente ningún misterio aquí, porque vemos una suerte de paralelo de estos atributos en lo que llamamos cualidades, propiedades, poderes y hábitos de nuestra propia mente. Hemos sido dotados por naturaleza y a través de la gracia con ciertas excelencias que pertenecen al Altísimo, tales como la benevolencia, la sabiduría, la justicia, la verdad y la santidad, Y aunque no sabemos cómo estos atributos existen en Dios, ni cómo existen en nosotros, sin embargo porque los usamos y no podemos negar su existencia, no nos sorprende que se nos diga que existen en Dios.

Pero hay ciertas otras revelaciones que se nos hacen respecto a la divina naturaleza, aún desde la primera página de la Escritura, y crecen en definición a medida que avanza la Revelación, de las que no tenemos imagen ni paralelo en nosotros, y en consecuencia las sentimos extrañas y sorprendentes, y las llamamos ininteligibles porque nos estamos acostumbrados a ellas, y misteriosas porque no podemos dar cuenta de las mismas. Así, en la historia de la creación leemos: “El Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas” (Gen 1,2). ¿Quién podrá decir cómo debe interpretarse esta imponente afirmación? ¿Quién no ‘querrá mirar dentro’ de semejantes profundidades, pero permanecer silencioso desde la conciencia de su debilidad, hasta que escuche la doctrina católica de la Trinidad, que le explica el texto inspirado revelándole el misterio? Leemos también que cuando Jacob peleó con el ángel, “llamó a aquel lugar Penuel”, porque había visto el rostro de Dios, agregando “y tengo la vida salvada” (Gen 32,31). Y el Dios Altísimo prometió a Moisés: “Mi presencia irá contigo y te daré descanso”, y Moisés pidió: “Déjame ver, por favor, tu gloria. El le contestó: ‘Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad...pero mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo’” (Ex 33, 14-20). Y se nos dice que “ el Señor continuó manifestándose en Silo, porque en Silo se revelaba a Samuel la palabra del Señor” (1 Sam 3,21). Y dice el salmista: “Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, por el soplo de su boca toda su mesnada” (Sal 33,6). Y la Sabiduría dice en los proverbios: “El Señor me creó, al principio de su camino, antes que sus obras más antiguas. Desde la eternidad fui fundada, desde el principio, antes que la tierra...yo estaba allí, como arquitecto, y era yo todos los días su delicia, jugando en su presencia en todo tiempo” (Sal 8, 22,23,30). Y en el profeta Isaías leemos: “¡Despierta, despierta, revístete de poderío, oh brazo del Señor!” y también “Yo te he escondido a la sombra de mano” (Is 51,9,16). Ahora bien, cualquiera de tales expresiones usadas una o dos veces pueden no llamar la atención, pero la mención de la Palabra, de la Sabiduría, la Presencia, la Gloria, el Espíritu, el Aliento, el Rostro, el Brazo, y la Mano del Todopoderoso es demasiado frecuente, y con demasiada característica personal, como para ser pasada por alto por el lector cuidadoso de la Escritura, y de hecho atrajo la atención de los creyentes judío, antes que llegara Cristo, como lo prueban claramente algunos pasajes notables en los libros de la Sabiduría y del Eclesiástico, a los que no necesito más que aludir (Sab 7,4 ss; Eccl 24,3 ss).

Parecería, pues, desde las revelaciones del Antiguo Testamento, que mientras Dios es uno en Su esencia más simple y absoluta, sin embargo existe un sentido real en el cual no es uno, aunque las naturalezas creadas no pueden proporcionar representaciones tales de El como para hacernos fácilmente asentir a las conclusiones a las que llegan inevitablemente los anuncios de la Escritura. Entendemos cosas desconocidas por el modelo de cosas que se ven y experimentan. Somos capaces de contemplar al Dios Todopoderoso tanto como las cosas terrenales son reflejos parciales de El; cuando nos fallan, estamos perdidos. Y como, por supuesto, nada terreno o creado es Su exacta y perfecta imagen, tenemos como mucho vistas fugaces de Su infinita gloria, y si la Escritura nos revela alguna cosa concerniente a El,

debemos contentarnos con recibirla en la fe, sin comprender cómo es ni tener algún entendimiento claro por propias palabras. Cuando nos manifiesta que Dios es sabio y bueno, nos formamos alguna idea de lo que significa por las propiedades y hábitos que asociamos al alma humana. Cuando leemos de Su brazo u ojo tenemos alguna vaga aunque indigna sombra de la verdad en los miembros y órganos del cuerpo humano. Pero cuando leemos de Su Espíritu, o de la Palabra, o de la Presencia, como realmente distintos de El pero al mismo tiempo íntimamente uno con El, más íntimamente uno que nuestras propiedades respecto a nuestras almas, y más reales y distintas que los miembros y órganos de nuestros cuerpos, sentimos el peso de ese Misterio que existe también cuando se hace mención de la divina sabiduría, del divino brazo, aunque no lo sintamos.

Este misterio, oscuramente significado en el Antiguo Testamento, es manifestado claramente en el Nuevo. El misterio es este: que el Dios de todo que está revelado en el Antiguo Testamento, es el Padre del Hijo desde toda la eternidad, llamado también Su Palabra e Imagen, de Su sustancia y con quien comparte todas Sus perfecciones, igual a El, que sin estar separado es uno con El, y que del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo, que también es una sustancia, divinidad y majestad con el Padre y el Hijo. Más aún, se nos enseña que el Hijo o Palabra es una Persona, es decir, de quien puede hablarse como “El”, no como “eso”, y a quien podemos dirigirnos, y que el Espíritu Santo es también una Persona. De este modo, Dios subsiste en Tres Personas por toda la eternidad. Primero Dios es el Padre, luego Dios es el Hijo, luego Dios es el Espíritu Santo, y el Padre no es el Hijo ni el Hijo es el Espíritu Santo ni el Espíritu Santo es el Padre. Y Dios es cada uno de estos Tres y nada más, es decir, tanto el Padre, o el Hijo, o el Espíritu Santo. Más aún, Dios está tan total y enteramente en la Persona del Padre como si no hubiera Hijo y Espíritu, como está enteramente en la del Hijo como si no hubiera Espíritu y Padre, y como está enteramente en la del Espíritu como si no hubiera Padre e Hijo. Y el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, mientras los tres no son sino Un Dios, sin partes o grados. Pero cómo es que esa misma Esencia, adorable, indivisible y numéricamente una, puede subsistir perfecta y enteramente en cada una de las Tres Personas, no hay palabras humanas que puedan explicarlo ni ilustración terrenal que pueda tipificarlo.

Los pasajes en el Nuevo Testamento en los que se nos trasmite este sagrado misterio son tales como estos. Primero, leemos, como ya dije, que Dios es Uno; luego, que El tiene un Hijo Unigénito; después, que este Hijo Unigénito está “en el seno del Padre” (Jn 1,18), y que “El y el Padre son Uno”(Jn 10,30). También, que El es la Palabra, que “la Palabra es Dios, y está con Dios” (Jn 1,1); más aún, que el Hijo es en Sí mismo una Persona distinta, en un sentido real, pues ha asumido nuestra naturaleza, y se ha hecho hombre, aunque el Padre no. ¿Qué es todo esto si no la doctrina de que ese Dios que es en sentido estricto Uno, es enteramente tanto el Padre como el Hijo, o que el Padre es Dios y el Hijo es Dios, pero Un solo Dios? Más aún, el Hijo es la expresa “imagen” de Dios (Col 1,15), es “la forma de Dios”, “igual a Dios”(Ef 2,6), y “aquel que le ha visto, ha visto al Padre” (Jn 14,9), y “El está en el Padre y el Padre está en El”(Jn 10,38). El Hijo tiene todos los atributos del Padre. Es “Alfa y omega, el principio y el fin, el que es, el que era, y el que vendrá, el Todopoderoso” (Apo 1,8), “por quien han sido creadas todas las cosas, visibles e invisibles” (Col 1,16), “por quien todas las cosas tienen consistencia”(Col 1,17). Nadie sino El “conoce al Padre”, y nadie sino el Padre “conoce al Hijo”(Mt 11,27). El “conoce todas las cosas”, “sondea los corazones y los riñones” (Apo 2,23), es “la Verdad y la Vida” (Jn 14,6), y el Juez de todos los hombres.

Asimismo, lo que es verdad del Hijo es verdad del Espíritu Santo, pues es “el Espíritu de Dios” (Rom 8,9). El “procede del Padre”, es en Dios como “el espíritu de un hombre que

está en él”. “sondea todas las cosas, aún las profundidades de Dios”, es “el Espíritu de la Verdad”(Jn 16,13), el “Santo Espíritu”. En la creación “se movía sobre la superficie de las aguas”(Gen 1,2). “¿Adónde iré lejos de Su Espíritu?”, dice el salmista, El es el dador de todos los dones, “repartiendo a cada uno como quiere” (1 Cor 12,11). Nosotros hemos nacido nuevamente “del Espíritu” (Gal 5,26). Resistir a la gracia divina es entristecer, tentar, resistir, sofocar, hacer a despecho del Espíritu. El es el Consolador, el Legislador, y el Guía de la Iglesia. Revela las cosas por venir, y la blasfemia contra El no será perdonada jamás. En todos estos pasajes, está ciertamente implicado que el Espíritu Santo tiene propia personalidad y que es Dios.

Y por eso, sobretodo, las palabras del Credo bien sostienen que “una es la Persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo; pero la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es una sola, la gloria igual, la majestad co-eterna. Tal como es el Padre es el Hijo y el Espíritu Santo. Y en esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor, sino que las Tres Personas son entre sí co-eternas y co-iguales, de modo que, como antes se ha dicho, en todo hay que venerar lo mismo la Unidad en la Trinidad que la Trinidad en la Unidad”. \*

Por último, agrega, “El que quiera, pues, salvarse, así ha de pensar de la Trinidad”, sobre lo que hago dos observaciones, y termino. Primero, y es muy obvio, que tal declaración supone que una persona tiene la oportunidad de creer. No estamos hablando de paganos sino de cristianos, de aquellos a quienes se les enseña la verdad, a quienes se les ofrece la misma, y que la rechazan. De acuerdo a esto, no vemos en este Credo casos de enseñanza imperfecta o errónea, o lo que podría llamarse desinformación de la razón, o algún caso de ignorancia invencible, sino el caso del rechazo voluntario de un hombre acerca de lo que se puso rectamente ante él. Segundo, cuando el Credo dice que “*así*” hemos de pensar de la Trinidad, parece implicar que ha sido expresada una forma de ver la doctrina, clara, sustantiva, consistente y característica, que es la católica, y que debe ser mencionada en oposición a otras, sea la sabeliana, la arriana, o la triteísta, las cuales, sin negar en las palabras la Santísima Trinidad, la niegan de hecho e involucran a quienes las mantienen en el anatema que aquí se pronuncia, no con aspereza, sino como una advertencia fiel y una declaración solemne.

¡Nunca hablemos sobre temas como este sin reverencia. Nunca lo disputemos sin caridad. Nunca lo investiguemos sin un cuidadoso esfuerzo, con la ayuda de Dios, para santificar nuestro conocimiento, e imprimirlo en nuestros corazones tanto como guardarlo en nuestro entendimiento!

Traducción Fernando María Cavaller

- El Credo llamado Atanasiano, den gran uso en la iglesia anglicana de la época de Newman, es conocido también como Símbolo “Quicumque” (por la primera palabra con que empieza: “Cualquiera que quiera salvarse...”). Consta por estudios que esta profesión de fe no la compuso San Atanasio, aunque lógicamente brota de su enseñanza, que es la que recoge la Iglesia del siglo V. El texto latino parece ser el primero, pero hay también versiones griegas. En algunos códices viejos, este Símbolo se atribuye al Papa Anastasio II. Algún autor lo atribuye a un origen hispano antipriscilianista, otro a San Ambrosio de Milán, otro a San Fulgencio de Ruspe. De hecho, hoy se lo cita como “pseudo-Atanasiano”. Pero lo importante es que esta Fórmula de fe alcanzó tanta autoridad en la Iglesia, lo mismo occidental que oriental, que entró en el uso litúrgico y ha de tenerse por verdadera definición de fe.  
*Cfr. El texto completo en Denzinger 39 y 40, o Denzinger-Schönmetzer 75-76.*